Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Claustro Pleno 2018

Un llamamiento a las armas

Carlos Salinas Araneda

Profesor titular adscrito de la Escuela de Derecho

Hay quienes se han escandalizado por el título que he puesto a las brevísimas reflexiones que en estos momentos les dirijo; son tan sólo cinco palabras: “*Un llamamiento a las armas*”, y dice así:

Un número importante de quienes se encuentran en este Salón de Honor ha visto la película “*La pasión de Cristo*” de Mel Gibson, una película que, bien puede decirse, ha permitido ver en vivo y en directo la pasión de Jesús. El actor que encarna al Señor se llama Jim Cazievel, nombre cuya abreviatura, por una curiosa casualidad, es JC, la misma que suele usarse para abreviar el nombre de Jesucristo. Cuando a este joven actor le ofrecieron el papel de Jesús en la película, aceptó sin dudar y mantuvo su decisión cuando le advirtieron que, de aceptar el papel que se le ofrecía, podía ser el final de su carrera en Hollywood. El actor vivió un tiempo de oración intensa y ofreció su trabajo por la conversión del mundo.

La exigencia física en el rodaje fue constante, sobre todo en los pasajes del *Via Crucis*. Se le dislocó el hombro mientras cargaba la cruz, produciéndosele una herida similar a la que se produjo a Jesús en el Calvario. Mientras se filmaba la escena de los azotes, fue golpeado dos veces por los latigazos, escapándosele al actor, como lo ha reconocido, alguna expresión poco amable por ello. Mientras cargaba la cruz recibió varios golpes, y no pudo dejarla aunque era muy pesada, porque no había tiempo para descansar. Una vez en la cruz, tuvo que experimentar la sensación de estar muriendo en la cruz; sobre ella estaba congelándose, al punto que no podía controlar sus manos que, de frío, temblaban incontroladamente. Además, “cuando me tenían en la cruz, ha dicho, el dolor de mis hombros estaba simplemente matándome”. Por si esto fuera poco, mientras rodaba la escena del sermón de la montaña recibió la descarga de un rayo de la cual salió ileso para asombro de los presentes.

Aparte de estas “coincidencias”, para el actor este papel fue una experiencia religiosa profunda. Asistió a Misa todos los días, lo que le pidió a Mel Gibson antes de empezar la filmación. Se confesó con frecuencia y oraba largos ratos inspirándose en los escritos de santos como san Francisco de Asís, santa María Goretti, san Antonio de Padua y el santo Padre Pío, entre otros. Todo ello para asumir con la mayor seriedad el papel que representaba.

Por eso que dirigiéndose a una multitud de 20 mil católicos reunidos hace algún tiempo en el 8º Congreso Eucarístico de la Archidiócesis de Atlanta, el actor confesaba el impacto que en él había producido el hecho de que mientras rodaba la película en el pueblo italiano de Sassi di Mattera, muchos vecinos que asistían a la filmación, cuando lo veían, se santiguaban murmurando “Querido Jesús”, “Dulce Jesús”. “Esto me evidenció que yo era otro Cristo, que debía ser Cristo para las demás personas... creo que todos los católicos somos un modelo y debemos vivir testimoniando a Jesús, mostrando nuestra fe en la vida pública”, afirmó. Ante el aplauso de la concurrencia Cazievel concluyó con estas palabras: “Éste es un llamamiento a las armas, hermanos y hermanas. Un llamamiento a las armas del amor y del coraje para expresar radicalmente nuestra fe en público, para anunciar a Jesucristo con fuerza, sin temor, para combatir con fortaleza los males de este mundo”.

En el Claustro Pleno del año pasado afirmaba la necesidad de despertar en nuestros estudiantes el espíritu combativo, pero no el que tiene como símbolo el puño cerrado que busca el aniquilamiento del que no piensa o vive como ellos, sino la mano extendida que, en exquisito respeto por la dignidad del que está al frente, busca ayudarle a crecer. Ese espíritu combativo ha de ser el sello distintivo de nuestros estudiantes. Pero no sólo de ellos. En un documento muy reciente, la constitución apostólica *Veritatis Gaudium* sobre las Facultades y Universidades eclesiásticas, del 27 de diciembre del recién pasado 2017, el papa Francisco reconoce que “hoy no vivimos sólo una época de cambios, sino un verdadero cambio de época, que está marcado por una crisis antropológica y socio-ambiental de ámbito global […] El problema es que no disponemos todavía de la cultura necesaria para enfrentar esta crisis y hace falta construir liderazgos que marquen caminos. Esta enorme e impostergable tarea requiere, en el ámbito cultural de la formación académica y de la investigación científica, el compromiso generoso y convergente que lleve hacia un cambio radical de paradigma, más aún (me atrevo a decir), hacia *una valiente revolución cultural*”. En este empeño, las universidades eclesiásticas y católicas están llamadas “a llevar la aportación decisiva de la levadura, de la sal y de la luz del Evangelio de Jesucristo y de la Tradición viva de la Iglesia, que está siempre abierta a nuevos escenarios y a nuevas propuestas”. Y en esa tarea entusiasmante de llevar adelante una valiente revolución cultural los académicos no podemos estar ausentes. Pero nada de eso será posible si no somos capaces de salir del pestilente aburguesamiento que nos caracteriza a los laicos contemporáneos. Los laicos somos un gigante dormido que tiene toda la capacidad para hacer la revolución cultural a la que nos llama el papa. Pero para ello necesitamos desarrollar en nosotros, en nuestras relaciones, en nuestros claustros y, por cierto, y en nuestros estudiantes, el espíritu combativo que, con el auxilio de la gracia, nos lleve a tomar las armas del amor y del coraje para combatir con fuerza los males de este mundo. ¿Estamos dispuesto a hacerlo?